

Discursos newmanianos sobre la educación universitaria: Saber y cultura intelectual

Zhenia Djanira Aparicio Aldana
Universidad de Piura

1. Planteamiento

La vida de John Henry Newman constituye un camino de muchas travesías. Fue uno de los más estimados predicadores de la Iglesia en Inglaterra, profesor de Oxford, escritor cristiano de su tiempo, fiel creyente y súbdito de la Iglesia católica. Nació el 21 de febrero de 1810 en Londres, falleció el 11 de agosto de 1890 en Birmingham, Warwick. Sus escritos son admirados por muchos, tal como *Parochial and Plain Sermons* (1834-1842), *Lectures on the Prophetic Office of the Church* (1837) y al que se toma atención: *University Sermons* (1843). Este último fue editado en el 2011 por la editorial Eunsa, a la que denominó: *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*.

Influyente clérigo y hombre de letras del siglo XIX, fue beatificado el 19 de septiembre de 2010 por Benedicto XVI y canonizado el 13 de octubre de 2019 por el papa Francisco. Actualmente, será declarado Doctor de la Iglesia por el papa León XIV. Su vida transitó del anglicanismo al catolicismo y en sus obras se evidencia una clara apuesta por un progreso moderno del cuerpo de la Iglesia católica universal. Sus enseñanzas y escritos se constituyen de alta relevancia actual para la misma y, a su vez, en el tema que nos concierne, de valioso aporte para la educación universitaria. Es venerado como santo patrono de los colegios, de las escuelas católicas, de las universidades y de los poetas. En pocas palabras, Morales lo describe de la siguiente manera:

El celoso y emprendedor joven calvinista, al austero e intelectual párroco de la iglesia universitaria de Santa María de Oxford, al converso que no quiso resistir la llamada interior ni la luz de lo alto, y al pastor de almas que ha dado razón de las verdades ardientes de su fe católica en obras perennes. Este personaje de ricas facetas múltiples, no siempre fáciles de explorar, es una figura de unidad, un ser de totalidad humana y cristiana. (2011, p. 8)

Se convirtió al catolicismo en 1845. Dicha situación convulsionó el ámbito religioso británico porque John Henry Newman era un catedrático muy

conocido y, a su vez, al convertirse, se desliga del mundo protestante. Dos años más tarde, en Roma, se ordena sacerdote católico e ingresa al Oratorio de San Felipe Neri. En el año 1852, elabora una serie de discursos sobre la naturaleza de la educación universitaria con el propósito de dar respuesta a la solicitud de los obispos irlandeses de fundar una universidad católica en Irlanda.

Este artículo trata de describir tres de los discursos elaborados para dar respuesta a la petición de los obispos irlandeses. Estos discursos son: El quinto: «El saber como fin en sí mismo», el sexto: «El saber considerado en relación a la cultura» y el séptimo: «El saber considerado en relación con la preparación técnica». Es de advertir que el presente estudio es una mera introducción al pensamiento de John Henry Newman, quien «no fue un teólogo de oficio o un profesional de la teología en sentido estricto. Tampoco un autor místico o un hombre de controversia [...] Newman fue sencillamente Newman» (Morales, 2011, p. 9).

Se empieza, entonces, con una breve historia del origen de estos discursos para luego describir cada uno de ellos, los cuales se refieren en estricto al saber liberal, a la cultura del intelecto y, por último, a la técnica o utilidad de dicho saber liberal o universal.

2. Breve historia de los *Discursos sobre la naturaleza de la educación universitaria*

Referirse a los *Discursos sobre la naturaleza de la educación universitaria* (1852) es dirigir nuestra atención a dos estudios posteriores del mismo pensador. En estos estudios se hace mención de la importancia del saber liberal para la universidad. Estos ensayos son: *La Idea de una universidad* (1873) y las *Lecturas y ensayos sobre asignaturas universitarias* (1859). En esta trilogía de escritos se reúne lo que para John Henry Newman es el principal propósito de toda universidad, que es la educación liberal.

Entonces, tenemos tres escritos de nuestro pensador que nos llevan a delimitar su noción de educación liberal. En primer orden, los *Discursos* fueron elaborados por Newman en 1852 con el propósito de poner en marcha la creación de la Universidad Católica de Irlanda. Estos discursos, que son nueve, no deben confundirse con su ensayo *la Idea de la Universidad*, cuyo contenido es solo la primera parte de dichos discursos, mientras que sus *Lecturas*, conforme lo señala Ian Ker (2011), son escritos más prácticos y menos teóricos que sus *Discursos*.

Newman, en sus *Discursos*, aboga por llamar la atención de los católicos eruditos y, a su vez, infundir los principios de una apropiada educación universitaria. Para esto, y acorde con el propósito de la Santa Sede, Newman considera que una Universidad católica en Irlanda debería tener como obje-

tivo «la fusión armónica de saber humano y teología» (Newman, 2011, p. 9). Este propósito se constituyó en la línea directriz de sus *Discursos* y también en la base de su ensayo *Idea de la Universidad*. En este último, es clara su propuesta al sostener que la educación liberal, como fin de toda universidad, consiste en la comprensión de la verdad en todas las ramas, ciencias y las relaciones entre ellas (Ker, 2011, p. 20).

La tarea de fundar una universidad fue llevada a cabo el 3 de noviembre de 1854.¹ Este encargo fue realizado conjuntamente con Paul Cullen, arzobispo de Armagh, quien le escribió a Newman comentándole el ideal de una futura Universidad para Irlanda, ofreciéndole el rectorado de dicho centro universitario. Newman dudó, pues era una enorme responsabilidad; sin embargo, a solicitud de los oratorianos y de su consejero James Hope, aceptó dicha encomienda y loable labor.

En estos *Discursos*, Newman plasma, en primer orden, el respaldo a las pretensiones de la teología de ser incluida entre las cátedras universitarias. En este sentido considera: «Una Universidad, que por definición profesa enseñar todas las ciencias, no puede negar un sitio a la ciencia de Dios, sin contradecirse» (Newman, 2011, p. 10). No obstante, para lograr este fin, la Universidad debe abogar por propagar una cultura intelectual que consiste en educar el intelecto de los alumnos con la finalidad de que logren razonar de manera positiva todo asunto y alcancen la Verdad y logren hacerse con ella.

En el prólogo de los *Discursos* se sostiene que la visión de la Universidad es la enseñanza del saber universal. Al considerarlo universal, Newman no se refiere a uno con alcance moral, sino intelectual. A su vez, la Universidad no debe pretender hacer progresar el saber, sino extenderlo o, más propiamente, difundirlo. Así, considera: «Si el fin de una Universidad fuera la investigación científica y filosófica, no veo porqué habría de tener estudiantes; y si el fin consistiera en impartir formación religiosa, no veo cómo puede ser sede de literatura y de ciencia» (Newman, 2011, p. 27). Esta idea de Newman es relevante hoy en día, pues de manera lamentable la labor del docente se

¹ «Los orígenes de esta nueva universidad estaban fechados hacia la primavera de 1845, cuando Sir Robert Peel, como parte de su política conciliadora con los irlandeses, había promovido con éxito su iniciativa de establecer la 'Queen's University of Ireland', secular y no confesional, que ofrecería una alternativa al anglicano Trinity College de Dublín, donde aún estaban en vigor los exámenes parciales de religión. Sin embargo, este esquema de la llamada 'educación mixta', dado que asistirían jóvenes de distintas confesiones, solo tenía la aprobación de una minoría de los obispos irlandeses mientras Roma, por su parte, le prohibía a la Iglesia irlandesa tomar parte en dicha universidad; en cambio, los alentaba a continuar con el proyecto de promover una universidad católica, bajo el modelo belga de Lovaina. Esto motivó el nombramiento de un Comité de la Universidad Católica en 1850, en el que hacía cabeza el obispo Cullen» (Ker, 2009, p. 389).

encuentra sometida a lo cuantitativo. El profesor universitario, para alcanzar el éxito o el resultado, apuesta por una labor investigadora desviada de la verdad y del contexto ético. Esto trae como consecuencia un desmedro de la labor educativa.

A su vez, propugna la idea de una educación liberal o, más propiamente, un saber liberal como razón de ser de toda Universidad. Este saber debe estar íntimamente relacionado con la vida útil o práctica, pues se constituye en una herramienta eficaz de continuo crecimiento intelectual para la existencia política y social. En este sentido, este saber es un fin porque persigue el cuidado y logro del conocimiento por sí mismo.

Ahora bien, a pesar del éxito que se dio lugar a raíz de sus *Discursos*, las dificultades aparecieron después de poner en marcha la universidad, el gran problema que se suscitó fue la falta de confianza entre sus miembros y las separaciones que se originaron entre los obispos irlandeses en relación con ella (Kar, 2009, p. 411-430). Nos cuenta Rodríguez:

En ese tiempo, el obispo de Dublín, que desconfiaba de Newman, desbarató el plan de hacer obispo a Newman, después de que ya estaba anunciado en Roma. Pero a Newman eso no le importó. Él luchó por una Universidad de seculares y para seculares, no confundiéndola con un seminario [...]. Había que educar para un mundo moderno, sin ocultar nada del tiempo. Debido a los impedimentos y la conducta extraña del obispo de Dublín, así como a la necesidad de su presencia en el oratorio, Newman dimitió de su rectorado y volvió a Birmingham en 1858, aunque trabajaría por la Universidad hasta el fin de su periplo católico, que llegó en 1882, cuando el gobierno la incautó para el Estado. (2008, p. 401)

Se comienza, entonces, por el *Discurso* 5 relativo al saber liberal universitario para luego abordar los temas de la cultura del intelecto y técnica, que pertenecen al *Discurso* 6 y 7, respectivamente.

3. El saber o educación liberal o universitario

El propósito de los *Discursos* se puede resumir en la importancia del saber liberal y, al mismo tiempo, en la crítica al utilitarismo que se presenta en un contexto religioso. A este objetivo se le suma su creciente y fundada convicción religiosa, la relevancia del conocimiento intelectual y de la verdad en el actuar del hombre. Para nuestro pensador, si se quiere llegar al imperio del intelecto, esto se logrará a partir de la fe en Dios. Por tanto, «la religión y el conocimiento no son opuestos el uno del otro, y no porque no guarden ninguna relación, sino porque están conectados de una manera indivisible o, más bien, porque la religión forma parte del sujeto-objeto del conocimiento» (Ker, 2009, p. 397).

La universidad que propone Newman incluye la unión de la teología con la ciencia. Ahora bien, a esta fusión la denomina «educación liberal», que, unida a un profundo intelectualismo, lleva a pensar en una universidad no solo centrada en el ámbito religioso, sino en diversos ámbitos relevantes del vivir humano. En otras palabras, para Newman «la pedagogía y la educación [fueron] una de sus principales preocupaciones; y [...] uno de sus principales intereses, entendiendo que su finalidad era mejorar la condición humana [...]. Educación para Newman iba más allá de la mera instrucción» (Martín-Sánchez & Caceres-Muñoz, 2015, p. 346).

Al afinar el concepto de «saber o educación liberal», Newman (2011, p. 27) considera que «la visión de la Universidad adoptada en estos discursos radica en la idea de que la Universidad es un lugar que enseña saber universal». Esto significa que el saber es visto como un fin en sí mismo, descartando la colosal especialización que, si bien puede llegar a ser útil, no responde a los objetivos de una auténtica educación universitaria. La búsqueda de la verdad prima en el pensamiento de Newman frente a lo útil y certero que caracteriza a la contingencia de la vida. Así, en sus *Discursos* señala que:

Si su estudio se limita simplemente a un asunto, aunque esta división del trabajo pueda favorecer el progreso en un punto particular [...] padecerá una tendencia a contraer la mente. Si este asunto se incorpora a otros, el estudio dependerá de estos respecto al tipo de influencia que ejercerá sobre el alumno. (Newman, 2011, p. 124)

Esto último nos lleva a replantear el modelo de universidad actual. Muchas universidades, enfocadas en la búsqueda de resultados cuantitativos como índice de calidad, promueven tanto la especialización que las carreras que necesitan de un nivel humanístico y teórico son vaciadas de contenido y se convierten en técnicas. La práctica supera la teoría, lo cual no es conveniente. Así, en estudios universitarios, como, por ejemplo, los propios de la carrera de Derecho, abundan cursos como técnica jurídica, litigación oral, prácticas forenses o simulación de audiencias. Esto definitivamente obtura el estudio de lo jurídico y desnaturaliza la noción de derecho, que es la «cosa justa» y cuyo objeto son las relaciones jurídicas. Newman nos ofrece otro panorama del saber universitario. Para nuestro filósofo: «Resulta excelente medida ampliar el arco de los estudios que una Universidad enseña, incluso en beneficio de los estudiantes; y aunque estos no puedan seguir todas las materias que se les ofrecen, se enriquecerán al vivir entre aquéllos y bajo aquéllos que representan entre círculo de los saberes» (Newman, 2011, p. 125).

Ahora bien, estos saberes que caracterizan a una auténtica universidad son aquellos que se incluyen en «cualquiera de las ramas del saber humano, y la amplitud de su actividad alcanza los temas más nobles y elevados del pensamiento humano y los campos más fértiles de la investigación» (Newman, 2011a, 39). Para Newman es esencial educar en un saber universal.

Esto evita la gran división del conocimiento, que es útil pero no se ajusta a la educación universitaria. Aunque contribuye al avance en un área específica, tiende al reduccionismo y a ver la realidad desde un solo punto de vista.

También la educación liberal propuesta por Newman no es una que se inclina por un saber operativo o práctico. Es este saber el que en estos tiempos nos invade y que debe ser frenado. Considera Harris: «Hoy en muchos países la enseñanza superior forma parte del sistema económico. Se ha convertido en un importante producto de consumo» (2008, p. 88). Newman se anticipa, advierte este riesgo y propone una educación en donde la formación del intelecto esté en primer orden, dejando a un lado los saberes técnicos o predominantemente prácticos. Así, señala nuestro pensador:

Mantengo firmemente que el primer paso del entrenamiento intelectual consiste en inculcar en la mente de un joven las ideas de la ciencia, método, orden, principio, y sistema, así como regla y excepción, de riqueza y armonía. Esto se suele conseguir muy bien haciéndole empezar por la Gramática [...] Una segunda ciencia son las matemáticas [...] La cronología y la geografía le son tan necesarias cuando aprende Historia, que sería de otro modo poco más que un libro de cuentos [...] Poesía, con el fin de estimular sus capacidades de acción mediante todos los modos posibles [...] Si el joven estudiante adquiere este hábito de método, de comenzar a partir de puntos bien establecidos, de consolidar su terreno a medida que avanza, de distinguir lo que sabe de lo que no sabe, entiendo que se iniciará gradualmente en las más amplias y verdaderas perspectivas filosóficas. (Newman, 2011, pp. 35-36)

Entonces, la educación liberal planteada por Newman es aquella en donde la cultura intelectual se encuentra en primer grado de importancia. La universidad no se dirige hacia una educación técnica ni moral, sino que su principal objetivo es que el conocimiento genere un determinado beneficio al estudiante y que, por medio de la literatura y la ciencia, propicie el «crecimiento y ejercitación en ciertos hábitos morales e intelectuales» (Newman, 2011, p. 29). Por tanto, desde nuestro pensador, el saber intelectual se encuentra por encima del saber práctico. La actividad inmanente es clave para posibilitar la práctica. Ya lo dice, también, el filósofo español Leonardo Polo:

Los niveles de tener en el hombre que señalan los clásicos son tres. En primer lugar, el hombre es capaz de tener según su cuerpo. En segundo lugar, el hombre es capaz de tener según lo que se suele llamar operación inmanente, es decir, estrictamente hablando, la operación racional, la operación cognoscitiva; el hombre tiene cuando conoce. Ese es un nivel muy peculiar del tener humano, pero no es el único, hay otro inferior a él que es el tener según el cuerpo. Pero también hay otro por encima del tener racional, que Aristóteles también lo pone de relieve, el hombre es capaz de tener virtudes. Y tener virtudes es más intrínseco que cualquiera de los otros dos modos de tener. (2022, pp. 326-327)

Al primar la formación del intelecto, se asegura más el paso al tener virtuoso. Desde Newman, todo saber intelectual que ayude a generar cambios profundos en la persona es el conocimiento que debe prevalecer y ser extendido a nivel universitario. El tener inmamente y virtuoso llevan a un crecimiento intrínseco de la persona. Si nos preguntamos lo valioso del saber liberal, es, a decir de Newman (2011, p. 130), «aquél que se basa en un régimen propio, que es independiente de sus resultados, que no busca complemento alguno, y se niega a ser conformado por ningún fin inmediato» (como lo son los saberes operativos en donde se encuentra la técnica). Por consiguiente, si se quiere ver lo «útil» de este saber, lo es en la medida en que ayuda a la persona a generar un sentido de vida propicio para el crecimiento de su ser personal. En palabras de nuestro pensador:

El estudiante se beneficia de una tradición intelectual, que es independiente de profesores individuales y que le guía en la elección de sus asignaturas, e interpreta adecuadamente para él las que elige. Aprehende las grandes líneas del saber, los principios en los que descansa, las proporciones de sus diversas partes, sus luces y sombras, sus grandes y sus pequeños puntos, como de otro modo no lo aprehendería. Por eso se llama liberal a esta educación. Se forma con ella un hábito de la mente que dura toda la vida, y cuyas características son libertad, sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría. Es en suma lo que en un discurso anterior me he atrevido a denominar hábito filosófico. Esto es lo que considero el fruto singular de la educación suministrada en una Universidad, en contraste con otros lugares o modos de enseñanza. Este es el fin principal de una Universidad en el trato con sus estudiantes. (Newman, 2011, p. 125)

A todo esto, el saber liberal, al educar el intelecto, pone, como lo señala Rodríguez (2001, p. 111), la «mente en forma». La universidad «desarrolla las potencialidades del ser humano. Pues solo cuando el intelecto ha sido debidamente entrenado y formado para lograr una visión coherente de las cosas, es que puede desplegar todos sus poderes para conocer la realidad, solo así podrá alcanzar la verdad» (2011, p. 111). Este propósito de alcanzar la educación liberal universitaria va muy unido al papel que la Iglesia católica ostenta en la formación universitaria. Newman sostiene:

Cuando la iglesia funda una universidad, no está fomentando el talento, el genio y el saber por sí mismos, sino por el bien de sus hijos, atenta a su bien espiritual y a su influencia religiosa, y con la idea de entrenarles para cumplir mejor sus tareas en la vida, y hacer de ellos miembros más inteligentes, capaces y activos de la sociedad. (2011, p. 29)

Pues bien, lo «liberal», al venir de la idea de universal, radica en que el estudiante, al formar el intelecto, es capaz de mirar muchas cosas sin perder la noción de realidad en su conjunto. Además, puede poner lo aprendido en el lugar que le corresponde, comprendiendo su valor y sus recípro-

cas dependencias. Orden y armonía caracterizan al saber liberal. Es más, la universidad es un espacio donde las distintas ciencias se vinculan unas con otras. Y es también en donde se manifiesta «su jerarquía, se cuidan sus campos de acción, se defienden sus métodos y se apuntan sus límites» (Gutiérrez, 2013, p. 171).

En definitiva, cuando la mente ha sido debidamente entrenada, se logra dicha armonía y coherencia en el saber que se manifiesta en «la sobriedad de pensamiento, el tono razonable, la sencillez, el autodomínio y la firmeza de concepciones que lo caracterizan» (Newman, 2011, pp. 34-35). A su vez, dicho saber también se despliega en «hábitos de diligencia, capacidad de influir y sagacidad» (2011, p. 34-35) o, también, dará lugar a talentos como «la especulación filosófica, y llevará la mente a sobresalir en determinado terreno intelectual» (2011, pp. 34-35). Con la educación liberal, entonces, se puede, a decir de nuestro pensador, alcanzar «el cielo usando bien de este mundo, que es, sin embargo, pasajero. [Perfeccionar] nuestra naturaleza, no destruyéndola, sino añadiéndole lo que es más que naturaleza, y [dirigirla] hacia fines más altos que los suyos» (2011, p. 142).

4. Discursos quinto y sexto: cultura del intelecto y técnica en la universidad

La noción de cultura denota una variedad de significados. Desde una perspectiva etimológica, el origen del vocablo se halla en el verbo latino *colere*, que quiere decir la acción de cultivar; es decir, a todo aquello que requiera cuidado, como ocurre con las plantas o animales. También, a decir de Lombo y Giménez (2024, pp. 190-191), se refiere a «aquello que requiera un cierto respeto o veneración, como la divinidad; de aquí que *colere* se emplee también con el significado de ‘dar culto’».

Así mismo, la noción de cultura puede entenderse desde dos ámbitos. El primero se refiere a los grados de interioridad que resultan de las acciones del hombre, que nos llevan a distinguir entre una dimensión subjetiva y otra objetiva. El segundo es la prolongación de las acciones humanas, diferenciando entre lo que afecta al hombre singular y lo que atañe a la colectividad.

Con respecto al primer ámbito, la cultura puede hacer referencia al «propio sujeto que se transforma al cuidar de los seres que le rodean, como todo aquello que recibe la acción de su cuidado» (Lombo & Giménez, 2024, p. 192). Esta distinción hace referencia no al plano de lo «puramente mental y lo real, sino a la que se da entre la transformación interior del sujeto y la plasmación de la realidad que este lleva a cabo a través de su obrar» (Lombo y Giménez, 2024, p. 192). Al primero, que es la transformación interior del sujeto, le corresponde la dimensión subjetiva y a la plasmación de la realidad, la objetiva.

De otra parte, lo que resulta de la acción le puede corresponder a un individuo particular o a la colectividad; de ahí que se hable de cultura individual o de cultura de una comunidad. Esto responde a la naturaleza social de la persona que se perfecciona con el diálogo constante y, principalmente, hace que la cultura sea más civilizada en la medida en que su actuar goce de virtudes, es decir, hábitos operativos buenos. Entonces, se acierta al decir:

La cultura no solo modifica la realidad externa a nosotros, sino que implica también un cambio en el interior del sujeto, que se prolonga fuera de él. A su vez, la realidad externa, así configurada, constituye el ámbito en el que el sujeto realiza su acción y, por tanto, la condiciona e influye sobre ella. (Lombo y Giménez, 2024, p. 193)

Pues bien, Newman sigue profundizando en la idea de un saber liberal y de sus beneficios a partir de la noción de cultura del intelecto. Es claro que nuestro pensador asume que el alumno universitario, al cultivar sus facultades intelectuales, ejerce un dominio sobre sus propios saberes. A su vez, es aún más evidente que la cultura del intelecto, propuesta por Newman, posibilita en el sujeto que la ejerce un perfeccionamiento interior y, también, un desarrollo para el ámbito en que dichos saberes se ejercen. En este sentido, señala: «Un hombre con facultades bien desarrolladas domina los conocimientos de otros, mientras que un hombre sin esas facultades no llega a dominar sus propios conocimientos» (Newman, 2011, p. 182).

La cultura o el cultivo del intelecto busca desarrollar el aspecto personal del ser humano. Al mejorar el mundo con el conocimiento que se ha aprendido, a la par se mejora uno mismo. Y, también, implica la modificación del mundo en que el hombre habita mediante su actuar. Esta cultura permite reunir todos los conocimientos adquiridos en el ámbito universitario para el perfeccionamiento de su entorno o mundo cultural o social.

Ahora bien, la cultura del intelecto, además de lo mencionado, alcanza un *plus* que se vincula de manera intrínseca a no decir; es el objetivo o propósito de la universidad. Este *plus* no radica en «la mejora moral ni la producción de bienes útiles, ni trata de ejercitar la mente en las actividades de la vida o en el deber» (Newman, 2011, p. 144). Su misión es la cultura intelectual como saber en sí mismo que le permite situar a los estudiantes en el mundo cultural o social. De esta manera, la universidad cumple su obra al inculcarles a los estudiantes esa cultura que posibilita educar el intelecto con la finalidad de que razonen bien en todos los temas, en dirección y alcance de la verdad. Esto supone que el saber intelectual se relaciona indefectiblemente con la sabiduría o filosofía con la que entabla un diálogo para perfeccionar dicho saber liberal. En este sentido, señala Newman:

A falta de un término generalmente reconocido, he llamado a la perfección o virtud del intelecto con el nombre de filosofía, saber filosófico, ensancha-

miento de la mente, o iluminación. Son términos no raramente usados con ese fin por escritores actuales, pero, sea cual sea el nombre empleado, pienso que el asunto de una Universidad, tal como nos lo enseña la historia, es hacer de la cultura intelectual su objeto, más directo, o aplicarse a la educación del intelecto, igual que el trabajo de un hospital estriba en curar al enfermo, y el de una escuela de equitación o esgrima y de un gimnasio, en ejercitar el cuerpo, y el de un asilo, en ayudar y distraer al anciano, y el de un orfanato, en proteger a niños inocentes, y el de una prisión, en regenerar al criminal. (2011, p. 144)

En el ámbito universitario, este saber intelectual se cultiva con la finalidad de «establecer puentes y nexos de unión interdisciplinares» (Aznar Sala, 2022, p. 295). Así, mediante la interconexión de conocimientos, se educa la mente de los estudiantes universitarios, así como el correcto ejercicio de su razón. Si esto se cumple, ellos obtienen un conocimiento universal, libre y filosófico, que es la misión de la universidad. El discernimiento debe desarrollarse, pero siempre buscando la verdad; por esta razón Newman le da a este saber la categoría de ser filosófico.

Por esto, a la universidad le corresponde educar el intelecto para que el estudiante razone bien en todos los temas y tienda hacia la verdad y la asimile (Newman, 2011). Así, en los discursos de Newman, el tema de la verdad es transversal. La verdad es el ímpetu por alcanzar el saber. La búsqueda de la verdad alienta al estudiante hacia un objetivo o propósito. De esta manera, la amplitud mental o saber filosófico, que implica el cultivo del intelecto, consiste en entender los siguientes vínculos: Primero, la relación de la cultura intelectual con el mero saber. Segundo, la relación de esa cultura con el saber profesional mecánico y, por último, su relación con el conocimiento religioso. Estos tres aspectos nos llevan a preguntar si el propósito de la educación universitaria es alcanzar logros y resultados, desarrollar habilidades en actividades o trabajos, elevar el nivel moral y religioso, o si hay otro objetivo diferente a los mencionados (Newman, 2011).

Nos centramos en el primero, es decir, en el mero saber o cultura, y su vínculo con la iluminación intelectual o filosófica. Este vínculo afianza la idea de que, para muchos, una real cultura intelectual es la que se identifica con la adquisición de conocimientos o, más precisamente, sabe más el que aglomera en su legado varios saberes o conocimientos de la realidad. Pues bien, es evidente que el saber teórico es condición de posibilidad del saber práctico y que no existe verdadera cultura sin anteceder la obtención de conocimientos. La filosofía presupone el saber; esto es un hecho, pues es necesario un acopio de información fidedigna para que alguien se anime a tratar un tema serio.

Esto último, que es lo normal y conveniente, actualmente no lo es, pues es indudable la existencia de personas que apelan a la opinión, a la confu-

sión o su «gran» retórica para dar conclusiones acerca de asuntos relevantes para la sociedad. Así, señala nuestro pensador: «De vez en cuando nos tropezamos con un individuo de cabeza vigorosa y fértil, que confía en sus propios recursos, desprecia a todos los autores precedentes y con el máximo desenfado da al mundo sus ideas acerca de la religión, o la historia, o cualquier otro tema popular» (Newman, 2011, p. 147). El problema de este tipo de personas es que, si bien por un tiempo pueden ser una moda, su éxito será fugaz y, por ende, olvidado de manera temprana.

Esto nos lleva a afirmar que el saber es la «condición indispensable de la expansión de la mente, y el instrumento para conseguirlo» (Newman, 2011, p. 147). No obstante, el saber liberal, propuesto por Newman, apunta a algo más profundo, pues el fin de la educación liberal no es el saber relacionado solo con sus contenidos. Es decir, no es solo la mera adquisición de conocimientos; por el contrario, además de esto, el saber liberal implica un cultivo que lleve a la amplitud de la mente dotada de unidad y armonía. Así, señala Newman:

Si me preguntan cuál es el fin de la educación universitaria y del saber liberal o filosófico que pienso debe impartir. Respondo que todo lo que he afirmado hasta el momento basta para mostrar que esa educación posee un objetivo tangible, real, y suficiente, aquel objetivo no puede separarse del saber mismo. El saber es capaz de ser su propio fin. La mente humana está hecha de tal modo que cualquier clase de saber, si es auténtico, constituye su propio premio. Si esto es Verdad de todo saber, lo es también de esa filosofía específica que he hecho consistir en una visión abarcante de la verdad en todos sus aspectos, de las relaciones entre ciencia y ciencia, de sus mutuas implicaciones, y respectivos valores (2011, p. 126).

Lo que nos quiere dar a entender Newman es que una ciencia particular aislada no es conveniente y es insuficiente para lograr el cultivo del intelecto. En efecto, el saber es condición de posibilidad para alcanzar dicho cultivo o expansión de la mente; no obstante, este saber liberal debe ser integral y abarcante (Athié, 2018). Al serlo, responde a la idea de una verdadera universidad, que incluye las variadas ramas del conocimiento que forman un sistema. Por tanto, este saber no consiste en una recepción pasiva, resultado de la facultad del hombre de abstraer o conocer inmanente. Más bien, como un hábito filosófico, se logra que las distintas ciencias coexistan para ubicarlas, aplicarlas y adaptarlas a la realidad.

Debido a esto, es conveniente una acción eficaz y simultánea de la mente que genere nuevas ideas y, a partir de ellas, otras con mayor novedad. Esta acción se constituye, entonces, en un «poder formativo que produce orden y da sentido a la materia de nuestras adquisiciones intelectuales» (Newman, 2011, p. 151). Lo señalado por nuestro filósofo es clave para la universidad actual. Así, se recuerda, a decir de Aznar, que «los conocimientos que se adquieran en el periodo universitario han de ir en la dirección que ayude a

conseguir una vida lograda y no únicamente referirse al plano del 'saber', sino del 'ser', por lo que la educación cobra un nítido marco intelectual y ético» (2022, p. 301).

Por consiguiente, la cultura del intelecto no debe asociarse con la simple obtención de conocimientos. Si bien se sabe que sin ellos no existe auténtica cultura, pues los mismos permiten a la mente llegar a resultados fehacientes. Sin embargo, es conveniente conectar el saber intelectual o hábito filosófico con las distintas disciplinas para lograr una visión integral de la realidad. Así, nuestro pensador advierte: «No hay expansión de la mente, a menos que se comparen unas ideas con otras a medida que llegan, y se las ordene en un sistema. Sentimos que nuestras mentes crecen y se expanden no solo cuando aprendemos sino cuando referimos lo aprendido a lo que ya sabíamos» (Newman, 2011, p. 151).

Las ideas no participan en la mente humana como unidades solitarias, sino que forman el juicio agrupándose y relacionándose. El pensamiento crítico es resaltado por Newman, pues es «el principio guía en los negocios, la literatura y el talento, que confiere a la persona energía en cualquier asunto al que decida dedicarse, y le permite captar su aspecto fundamental» (Newman, 2011, p. 183). Por tanto, el juicio es el «conductor en la vida» que permite el avance y la generación de cultura valiosa en sociedad. (Newman, 2011, p. 182). En definitiva, el saber liberal no se reduce a un fin utilitarista, sino que aspira a una altura que es el perfeccionamiento del ser personal. De este modo, sostiene: «Este intelecto posee un conocimiento no solo de cosas, sino de mutuas y verdaderas relaciones. Es un saber, no solo considerado como una adquisición cuantitativa, sino como filosofía» (Newman, 2011, p. 151).

Este aprendizaje o saber liberal incluye todas las áreas de la vida humana. Además de ampliar la mente, busca fomentar el reconocimiento cívico. La práctica constante y positiva ayuda a las personas a cumplir mejor con sus deberes hacia la sociedad. En Newman (2011, p. 186), esta idea es crucial al señalar en su *Discurso 7* relativo al saber considerado en relación con la preparación técnica, lo siguiente:

La enseñanza universitaria es el gran medio ordinario para un gran fin ordinario. Apunta a elevar el tono intelectual de la sociedad, cultivar la mente pública, purificar el gusto nacional, facilitar principios verdaderos al entusiasmo popular y metas nobles a las aspiraciones ciudadanas, proporcionar amplitud y sobriedad a las ideas del momento, hacer más suave el ejercicio del poder, y refinar el trato en la vida privada.²

² También en el mismo *Discurso 7* señala: «Después de mostrar que una educación liberal es un real beneficio a quienes la siguen, como miembros de la sociedad y en los diversos deberes, circunstancias y accidentes de la vida» (Newman, 2011, p. 182).

Con respecto al *Discurso 7*, es previo advertir que para Newman la universidad no ostenta como propósito la formación técnica; este objetivo pertenece a las escuelas o academias. Sino que la función de la universidad, como se ha mencionado, es impartir un cultivo del intelecto que permita «aprender y contemplar la verdad» (Newman, 2011, p. 166). Para nuestro pensador, esto significa un proceso de entrenamiento donde el intelecto no se enfoca en un fin específico, trabajo o ciencia concreta, sino que se educa a sí mismo para entender su propio objeto y alcanzar su máximo desarrollo. Por este entrenamiento debe pasar todo estudiante universitario. La universidad debe garantizar su cumplimiento respetando la capacidad de cada estudiante.

La postura de Newman es desterrar, en la educación universitaria, la noción de *utilidad* como mero resultado práctico. Considera que la educación liberal, que él propone, no se refiere al resultado o producto que se obtiene de ella. La educación no nos dice o enseña cómo vender nuestros productos, o cómo mejorar nuestros índices de calidad empresarial, o cómo cobrar bien a nuestros clientes en un juicio, etc. Su educación liberal implica no solo la utilidad de los conocimientos, sino más aún la utilidad que significa no solo lo que es bueno, sino también lo que se inclina al bien o más precisamente, la educación liberal es una herramienta para el bien.

Así, «bien significa una cosa, y «útil» significa otra». Entonces, conforme a Newman (2011, p. 175): «Aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno siempre es útil. Lo bueno no es solamente bueno, sino originante de bienes». Consecuentemente, la noción de bien que nos proporciona Newman se vincula con la capacidad de la cultura del intelecto o hábito filosófico de ser un poder formativo. Pues el hombre, al ser entrenado su intelecto para dicho saber, asimila los objetos conocidos como suyos. Esto da como resultado lo que sabemos y la razón por la que aprendemos. Este proceso de entrenamiento, entonces, incluye el análisis, la comparación que da lugar a un juicio bien formado y a la sistematización. El saber del intelecto es abierto a más conocimiento que da lugar a lo innovante de las creaciones humanas. Por tanto, «el bien es fecundo. No solo resulta bueno a la vista, sino también al gusto. No solo nos atrae, sino que se comunica [...] Un gran bien impartirá un gran bien» (Newman, 2011, p. 175).

En efecto, la educación universitaria o, más propiamente, el saber liberal no es uno que se dirija a la satisfacción de las necesidades económicas de la sociedad y dote a la misma de profesiones con índices sobreelevados de dación de títulos o, también, aquella universidad que le importe más la cantidad de alumnos y deje de lado la calidad del saber impartido. Sino que una verdadera universidad es aquella que tenga en claro que «el intelecto es un aspecto tan excelente de nuestro ser, y su desarrollo resulta magnífico». Así, al cultivar el intelecto, este será *útil* para la persona que logre entrenarlo de manera positiva y también lo es para todos los que le rodean. Entonces,

la palabra *útil* en Newman (2011, p. 176) no es aquella referida en un sentido técnico, mecánico o mercantil, sino como «un bien que se difunde, o una bendición, o un don, un poder o un tesoro, primero para quien lo posee, y a través de él para el mundo entero. Si una educación liberal es buena, debe necesariamente ser también útil».

5. Conclusión: el saber liberal y el enlace con la teología

Para Newman, la unidad de los conocimientos se concentra de manera profunda en Dios, que es el ser Originario y creador de todo cuanto existe. Por esto, una universidad no puede ser ajena a la ciencia que versa sobre nuestro Creador ni puede entrar en contradicción con ella. Esto responde a la armonía que debe ostentar el saber liberal. La expansión de la meta necesita una guía que solo se la puede otorgar el saber teológico porque, si hay «Verdad religiosa, no podemos cerrar los ojos ante ella sin mostrar un serio perjuicio hacia la verdad de cualquier clase, ya sea física, metafísica, histórica y moral» (Newman, 2011, p. 82).

La razón es que la teología se vincula con todo tipo de verdad. Señala Prades (2017) que la concepción integral del saber, propuesta por Newman, supone que las ramas de este estén íntimamente relacionadas. Todas estas disciplinas deben estar «fundadas en un conocimiento primero, de tipo metafísico, así como el correspondiente modo de ejercicio de la razón» (2017, p. 204). Todo esto le permitirá al estudiante «posteriormente ampliar la conexión de las ramas del saber universitario no solo con la filosofía, sino también con la teología» (2017, p. 204).

En Newman es claro que la razón ostenta apertura a lo real. Por tanto, el saber universitario ostenta la capacidad de poder integrarse hacia un valor destinal que es el misterio de Dios. Esta idea desafía las nociones utilitaristas de la educación porque, si todos los conocimientos se unen para un solo propósito importante, se valora el conocimiento de la realidad y los distintos métodos de cada ciencia. En este sentido, para llegar a dicha integración es necesaria la presencia de la teología en el ámbito universitario. Las consecuencias de excluir el saber teológico en las universidades llevarían a la «negación de la condición propia de una razón y de un saber que sean dignos de ese nombre» (Prades, 2017, p. 211).

Así, la expansión de la mente implica que la razón actúa de forma activa, creciendo como hábito filosófico, y lo hace en búsqueda de la verdad. No obstante, tal como lo señala Rumayor (2019, p. 323), Newman «no pretendió crear una universidad de filósofos contemplativos, imprácticos y alejados del mundo», pues al hacer referencia a la «formación filosófica de los alumnos universitarios, incluye a todas las ciencias sin discriminar ninguna» (2019, p. 323). Esta formación filosófica en los estudiantes universitarios requiere que

el profesor esté bien preparado. Esto es para que pueda responder de forma clara a las preguntas que surjan en clase, relacionando y dando ejemplos adecuados de los diferentes conocimientos. Este hábito filosófico, que lo es para toda la vida, es totalmente compatible, como se ha señalado, con el saber teológico. En este sentido, considera Newman:

Digo, entonces, que el que cree en la Revelación con la absoluta fe que es patrimonio del católico no es una criatura nerviosa que se asusta por cualquier sonido repentino y que se siente presa del pánico ante cualquier situación extraña o novedosa que se le presenta. No tiene ningún tipo de temor — la idea le produce risa — de que por cualquier otro método científico se pueda descubrir algo que contradiga cualquiera de los dogmas de Religión. Sabe perfectamente que no hay ninguna ciencia que, al desarrollarse, no corra el riesgo de invadir, sin ninguna intención por su parte, el terreno de otras ciencias; y sabe también que, si hay una ciencia que, desde una posición de soberana invulnerabilidad, puede soportar con calma las colisiones involuntarias producidas por los hijos de la tierra, esa ciencia es la Teología. (2011a, pp. 52-53)

El resultado de la inserción del saber teológico en el campus universitario es el logro de la integridad y armonía del saber liberal. Si bien no se pueden abarcar todos los distintos ámbitos del conocimiento, el que no debe ser excluido es el saber teológico. Esto se debe a que su ausencia imposibilitaría el alcance del saber liberal. A su vez, otras ciencias podrían ocupar su papel principal en la expansión de la mente, explicando temas teológicos desde su propia perspectiva, lo que sería un error y podría reducir nuestra comprensión del ser humano. Así mismo, se perdería la guía que da la teología para entender las ciencias particulares y la corrección que pueda hacerles desde su posición de saber superior. Ya lo señala Rumayor: «Otro elemento necesario para la vida universitaria es la teología natural, tal y como la entiende Newman, esto es, no como enseñanza de la religión o teología católica, sino como conocimiento de Dios, como fundamento último del universo» (2019, p. 328).

Desde Newman, cada universidad debe aspirar a un saber liberal que integre los conocimientos y desde el cual la razón se expanda y se cultive para comprender la realidad y enfrentar las contingencias o aporías que se susciten en ella. La teología, como saber superior, responde a la búsqueda de la Verdad que es Dios. Por esto, la misma es un ámbito del saber que siempre está en el razonamiento del hombre, pues conforme a Siebenrock, forma parte de la «estructura antropológica de las posibilidades del saber científico» (2018, p. 26).

En efecto, Newman considera que existen tres aspectos fundamentales en donde se entrena la razón: Dios, la naturaleza y el ser humano. Así, si se deja aparte a la teología, solo quedaría el mundo físico y el social o, más propiamente, la ciencia, y el propio del hombre, que es la literatura (en donde se puede incluir la historia u otros saberes humanísticos). Estos dos ámbitos,

el mundo de la naturaleza: ciencia y el mundo del hombre: literatura, constituyen la materia del saber liberal. No obstante, si la ciencia se aleja del saber teológico al excluirlo, este saber liberal ya no sería universal, pues desaparecería el fin último y trascendente que da sentido al actuar humano. Por su parte, si la teología, como Verdad revelada, se aleja de la literatura, causa otra herida en el saber liberal que lo desnaturaliza. Este flagelo es la corrupción.

Entender el valor del saber teológico es clave actualmente. Así, no es ajeno a nuestra realidad el incontrolable avance de la ciencia y de la técnica. La búsqueda de la autonomía y autosuficiencia desligada de la relación Creador-criatura ha puesto en crisis a nuestra sociedad. Ya lo señala Polo: «Si la técnica llega a imponerse, es deshumanizante en la medida en que su éxito hace que el hombre pierda su fin propio y quede sujeto al proceso de posibilidades de la técnica, reducido a una pieza de la gran maquinaria» (2016, p. 332). Entonces, ¿cómo controlar los avances científicos y técnicos de los cuales no se predica la búsqueda de un sentido trascendente? La respuesta es añadir a ese saber particular y técnico el saber de salvación.

Con la técnica, el hombre se inserta en un mundo de problemas que necesitan respuestas y, desde este punto de vista, se encuentra siempre amenazado de no lograr su fin trascendente, sin que se afirme, claro está, que no pueda alcanzarlo. Por eso, pedir que se agregue el conocimiento teológico al conocimiento específico ofrece al comportamiento humano algo de seguridad; aunque no quita el riesgo a pesar de dar un cierto nivel de infalibilidad. El ingreso, entonces, del saber teológico en las universidades logra evitar el peligro diagnosticado por Newman, que es la «cientificidad aislada» (Siebenrock, 2018, p. 26) vista desde los dos ámbitos antes anunciados: «La ciencia natural tiende a la exclusión de la teología; la ciencia social, a su falsificación» (Siebenrock, 2018, p. 26).

En definitiva, para Newman, la universidad es un «lugar para hacer hombres del mundo para el mundo» (2011, p. 231). Esto significa que en el campus universitario se entrena la razón de los estudiantes para el cultivo de su intelecto, acrecentado su juicio o pensamiento crítico para enfrentar las aporías de la realidad en la que habitan y conviven. Todo esto unido a la búsqueda de la Verdad que implica una unión indisoluble con el saber teológico. Es este saber, el teológico, el que al fin de cuentas le otorga firmeza al saber liberal que le advierte sobre los peligros del mundo social y cultural en que se circunscribe la existencia del hombre.

Referencias bibliográficas

- Athié, R. (2018). La propuesta de Newman para una formación humanística. *Church, communication and culture*, 3(1), 22-35. <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/23753234.2018.1426994>

- Aznar Sala, F. (2022). La unidad del saber en John Henry Newman. *Revista de filosofía* (22), 285-309. <https://revistas.ucv.es/scio/index.php/scio/article/view/951/1090>
- Gutierrez Lozano, C. (2013). John Henry Newman y la idea de la Universidad. *Estudios*, xi, 167-179.
- Harris, S. (2008). La dimensión internacional de la universidad: entre el modelo económico y el cultural. *Estudios sobre Educación* (15), 87-98.
- Ker, I. (2009). *John Henry Newman. Una biografía*. Madrid: Palabra.
- Ker, I. (2011). Newman's Idea of a University and its Relevance the 21 Century. *Australian e Journal of Theology*, 18 (1), 19-32. <https://www.unav.edu/documents/8871060/8964433/Newman%27s+Idea+of+a+university+and+its+Relevance+for+the+21+st+Century.pdf/bc19eafd-509b-4813-9f1d-f233184371af>
- Lombo, J. A., y Giménez, J. M. (2024). *Antropología de la acción. La vida humana como unidad dinámica*. Pamplona: Eunsa.
- Martín-Sánchez, M., & Caceres-Muñoz, J. (2015). La idea de universidad del cardenal John Henry Newman. *Cauriensia*, x, 335-358. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5324108.pdf>
- Morales, J. (2011). *John Henry Newman. Una semblanza*. Pamplona: Eunsa.
- Newman, J. (2011). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Pamplona: Eunsa.
- Newman, J. H. (2011a). *Cristianismo y Ciencias en la Universidad*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2022). *Artículos y Conferencias* (vol. xxx, serie B-III. Obras Completas). Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2016). *Quién es el hombre. Presente y futuro del hombre* (vol. x, serie A. Obras Completas). Pamplona: Eunsa.
- Prades Lopez, J. (2017). Fe y razón: la enseñanza de la teología en la universidad. *Cuadernos de pensamiento* (30), 197-212. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6304487.pdf>
- Rodríguez Garrapucho, F. (2008). John Henry Newman, Pensamiento y corazón. En búsqueda de la verdad. *Corintios XIII. Revista de teología y pastoral de la caridad*, (126), 375-410.
- Rodríguez Matos, G. (2001). La Universidad de Newman. Derecho y Sociedad. *Revista de Estudiantes de Derecho de la Universidad de Monteávilva* (2), 109-120.
- Rumayor, M. (2019). John Henry Newman y su idea de la universidad en el siglo XXI. *Educación* (22(1)), 315-333. <https://revistas.uned.es/index.php/educacionXX1/article/view/20088>
- Siebenrock, R. (2018). La «Idea de una Universidad» de John Henry Newman. *Estudios*, xvi (124), 8-36. <https://biblioteca.itam.mx/estudios/revista/124/000284059.pdf>